

Esta lectura presenta el estado de avance de lo trabajado en el cartel del que formo parte, constituido por Carolina Aiassa, Graciela Diosque, Liliana Sver y Baby Novotny, que es su más uno. Iniciamos nuestras reuniones periódicas hace menos de un año.

Por María Inés Gutiérrez

La primera cuestión sobre la que reflexioné a la hora de esta instancia -la de dar cuenta de un recorrido (que por cierto siento recién iniciado)-, fue la de por qué se inició tal recorrido. Creo que del mismo modo que en el inicio de cada análisis lo que se encuentra son cuestiones singulares, que hacen que cada caso sea único y no se parezca a otro, igual sucede con el inicio de un cartel: el cartel se trata de un encuentro de singularidades, que en el recorrido no son desconocidas, sino justamente promovidas como el despliegue del rasgo propio, el de cada uno.

Ese encuentro de cada uno con los otros miembros del cartel, y desde ese lugar a este, el de dar cuenta a un número mayor de personas, creo que fue una de las primeras cuestiones que trabajamos juntas.

Porque en realidad empezamos a leer el Seminario que nos convocó, el 23, de atrás para adelante. Lo primero que leímos fueron las “Notas paso a paso”, en las que Miller nos da algunas claves y reflexiones de su propia lectura.

Y nos detuvimos bastante tiempo dando vueltas alrededor de una palabra que, con alguna sorpresa, encontramos allí: lo esotérico. Esa palabra nos llevó al diccionario, a algunas búsquedas, y a muchos debates. Algo de eso mostramos en el anzuelo que expusimos el año pasado en la jornada de carteles de Alta Gracia. Como saldo recojo la paradoja de su aplicación en relación al psicoanálisis: por un lado, en su acepción de reservado, cabe su uso en la práctica de un análisis; reservado, sí, al ámbito del dispositivo, al campo de la transferencia y a lo que allí acontece. Pero al mismo tiempo, si esotérico -junto con reservado- alude también a lo reacio a manifestarse, a lo guardado, entonces no se aplica en relación a otras instancias que también hacen al psicoanálisis; ésta por ejemplo, la de una puesta en común, sobre la que Lacan decía, poniendo precisiones al dispositivo del cartel: *“Ningún progreso se ha de esperar, salvo el de poner a cielo abierto, periódicamente, tanto los resultados como las crisis del trabajo.”*

Eso en cuanto a los ámbitos, a la posible alusión de elitismo que puede estar también presente en la palabra en cuestión, y que Miller desdeña cuando dice que Lacan *“nunca cedió, como tampoco en El Sinthome, a la tentación de apostar a una elite”*.

Pero hay otro aspecto, el de la clínica que se establece a partir de este seminario. Una clínica que se ubica aún en la palabra, pero también en otros territorios que están por fuera de la gramática; particularmente el del goce, territorio -por eso mismo- sin duda esotérico. En este sentido la palabra esotérico evoca el hecho de que ya no estamos orientados por el lenguaje. Y no sólo en la clínica, porque también entendemos que la enseñanza lacaniana adquiere a la altura de este Seminario un cierto carácter de transmisión esotérica.

Decía, singularidad y rasgo propio. En este caso, para mí llevaba como nombre: “de la pulsión al goce”, inscribiéndose así en un itinerario previo de rastreo de la pulsión como lo difícil de asir, como un resto, pero que cambia de estatuto al ser nombrada como goce. Cambia de estatuto y de función, y pasa a ser la orientación de la clínica: clínica orientada a lo real, y por lo tanto al goce posible.

Es así que en un momento en que se hizo necesario volver a inscribir la formalización del cartel, el rasgo propio pasó a ser nombrado de otra manera, esta vez “del síntoma al sinthome”.

Esta formulación en realidad nombra un camino todavía por recorrer, y por eso es que decía que de lo que se trata hoy es de presentar más bien las coordenadas por las que querría andar, con la intención de capturar el giro que tiene su punto de partida en el síntoma que llama al desciframiento, estructurado como sustitución metafórica.

¿Por qué iniciar el recorrido desde ahí? ¿O por qué no quedarse ahí? Porque en ese punto se advertía el riesgo de derivar en un deslizamiento infinito de la significación –promovida por la estructura misma del significante–, avanzando hasta el encuentro con el núcleo de goce que encierra el síntoma; lo que Freud llamaba “la roca dura de la castración”. Se estaría allí frente a la alternativa de un análisis interminable o una interrupción.

Alternativa fallida, y diferente de la que Lacan nos desbroza siguiendo el caso Joyce, tejiendo y entretejiendo cuerdas mientras nos adentra en las posibilidades que -luego de la lingüística, la matematización, la lógica y los grafos- le ofrece la topología, y cifrando conceptualmente al sinthome.

Sobre eso, algunas breves reflexiones. Una, la lectura del Seminario 23 en una especie de contrapunto con el Seminario 5, y en particular con el witz lacaniano (relectura del chiste freudiano). Esto partiendo de una cita del Seminario 23: *“Lo que sostengo con el sinthome está marcado aquí por un redondel de cuerda, que considero que se produce en el lugar mismo donde, digamos, yerra el trazado del nudo. Es difícil no ver que el lapsus es eso sobre lo que se establece en parte la noción del inconsciente. También lo es el chiste, que sin embargo debe ponerse en la misma cuenta, si puedo decirlo así, porque no es impensable después de todo que resulte de un lapsus.”*

¿Hay algún rasgo por el que se puedan homologar el chiste y el sinthome? En el Seminario 5 Miller nos enseña a poner en valor el advenimiento de lo nuevo, de la novedad que se produce en el campo del decir. “Famillionario” no había sido dicho antes; nunca había sido dicho así, condensando esos sentidos, y dándonos a leer algo de la verdad de ese sujeto. Sin embargo se puede también afirmar que es una novedad a medias, porque surge en el decir de ese sujeto, pero su materia prima proviene del campo del Otro. Y completando el circuito, sabemos que hace falta también la autenticación del Otro a ese “pas” de sentido, con la doble resonancia en francés del “pas”: nada y pase.

En el sinthome hay alusiones al artífice, al arte y al artificio. Por esa vía nos podríamos deslizar hacia la creación, y entonces también hacia lo nuevo, distinguiendo allí un punto de

encuentro. Pero tal vez lo más importante es su diferencia, ya en este caso no se trata de algo nuevo en relación al campo del Otro.

Una de las definiciones de “artífice” dice: “autor, persona que es causa de algo”.

Entonces el sinthome no se trataría, como el síntoma o el chiste, de una cuestión ofrecida a la interpretación y el desciframiento, sino del producto de un arte, de una invención que constituye lo más singular de un sujeto, y en la que anudando su modo de gozar se permite hacer lazo social.

Y la pregunta será: ¿cómo abordarlo? Cuando se piensa al síntoma en su vertiente significativa se le supone una verdad del sujeto, que sólo puede ser medio-dicha, pero que eventualmente puede ser encontrada. La vía es el desciframiento, y la pulsión es sólo un resto, un residuo de goce, o en el mejor de los casos un plus de gozar. En el sinthome en cambio, ¿dónde está la pulsión?

Dirá Lacan en este seminario: “...*las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir.*” Y frente a esto propone al equívoco (¿la mala-interpretación?) como el modo eficaz para que este decir resuene en –y consuene con- los agujeros del cuerpo.

Por último, resta una pregunta: ¿Hay un error inexorable de la estructura? ¿Hace falta siempre un cuarto nudo, una suplencia? ¿O puede haber un saber hacer con lo real de manera tal que se pueda expresar en el nudo borromeo de tres? ¿Permite el nudo borromeo de tres, como mínima expresión –elegante y sencilla-, los empalmes y las suturas suficientes? ¿Es esa sencillez la que hay que buscar, o hay que desconfiar de ella?